

ñorita, me ha convencido á la vez de vuestra buena voluntad y de vuestra imposibilidad, pues ya veo que sois demasiado pobre para ayudar á quien es aun mas pobre que vos.

—¡Eh! mi buen señor Gilberto, dijo la vieja devota: ¿no hay un Dios bueno en el cielo que alimenta desde allí á todas sus criaturas?

—Es verdad, dijo el doctor; da de comer á los pajarillos, pero no coloca á los huérfanos y aprendices; y esto es precisamente lo que es menester hacer por Angel Pitou, y lo que, segun vuestros escasos recursos, os costará demasiado caro sin duda.

—Pero con todo... ¿si dais ese dinero, señor doctor?...

—¿Qué dinero?

—El dinero que habeis dicho y que teneis ahí, añadió la devota, señalando al bolsillo con su dedo ganchoso.

—Sí, que lo daré, señorita Angélica, dijo el doctor, pero con una condicion

—¿Qué condicion?

—Que el niño aprenda un oficio.

—Os prometo que lo aprenderá, á fé de Angélica Pitou, señor doctor, dijo la vieja con los ojos clavados en el bolsillo.

—¿Lo prometéis?

—Lo prometo.

—¡De veras! ¿no es así?

—Lo juro delante de Dios, mi querido señor Gilberto.

Y estendiéndose horizontalmente la señorita Angélica su mano descarnada.

— ¡Pues bueno! dijo el doctor sacando de su bolsillo un saquito enteramente lleno; yo estoy pronto á dar el dinero: ¿lo estais vos á responderme del niño?

— Por la Santa Cruz, señor Gilberto.

— No juremos tanto, señorita, sino firmemos.

— Firmaré, señor Gilberto, firmaré.

— ¿Ante un escribano?

— Ante un escribano.

— Si es así, vamos á casa de papá Niquet.

El papá Niquet, á quien el doctor daba este titulo cariñoso, por el mucho tiempo que hacia que le conocia, era, como ya lo saben aquellos lectores que han leído nuestro libro de *José Balsamo*, el notario de mas reputacion de toda aquella comarca.

La señorita Angélica, de quien era tambien escribano Mr. Niquet, no tuvo que oponer á la eleccion hecha por el doctor, y le siguió á casa del escribano. Este tomó acta de tomar Angélica Pitou, á su cargo y hacer aprender una profesion honrosa á Luis Angel Pitou su sobrino, mediante la suma de doscientas libras que recibiria anualmente. El contrato fué hecho por cuatro años; depositó el doctor en manos del notario ochocientas libras, de las que doscientas debian pagarse adelantadas.

Al dia siguiente, el doctor salió de Villers-Cotterets despues de haber dejado arregladas algunas cuentas con uno de sus colonos, del cual hablaremos mas adelante.

La señorita Pitou, cayendo como un ave de rapiña sobre las doscientas libras que se le pagaron en el acto, las convirtió en ocho bellos luses de oro y los metió en su escondite.

Las ocho libras restantes, dentro de un cacharro que hacia ya treinta ó cuarenta años, estaba viendo pasar multitud de monedas de diferentes especies, aguardaban allí á que lo recogido en dos ó tres domingos, de alquiler de las sillas de la iglesia, completase la suma de veinte y cuatro libras, que como ya lo hemos dicho, al llegar á esta cifra, se cambiaban en oro y pasaban al asiento del sillon.

### CAPITULO III

Angel Pitou en casa de su tia.

Hemos visto la poca inclinacion de Angel Pitou á permanecer viviendo mucho tiempo en casa de su buena tia Angélica: el pobre muchacho, dotado de un instinto igual y hasta casi superior al de los animales á quienes se habia

habitudo á hacer la guerra, habia adivinado que sufriria en aquella casa, no diremos desengaños, pues ya hemos visto que él no se hacia ilusiones, pero sí muchos disgustos, tribulaciones y males ratos.

Apenas se fué el doctor Gilberto, y no era esto á decir verdad, lo que menos incomodó á Pitou contra su tía, no se pensó ya en ponerle á un oficio. El bueno del notario habia pronunciado algunas palabras sobre este convenio formal; pero la señorita Angélica respondió que su sobrino era aun muy jóven y sobre todo de muy delicada salud, para dedicarle á trabajos que serian superiores á sus fuerzas.

Admiró el notario, al oír esta observacion, el buen corazon de la señorita Pitou y dilató hasta el año próximo el aprendizaje. No se perdía tiempo con esto, porque el niño acababa de cumplir todavía los doce años.

Instalado en casa de su tía, y mientras esta reflexionaba cuál seria el mejor partido que podia sacar de su sobrino, Pitou que se creía encontrarse aun en su bosque ó poco menos, habia ya tomado todas sus disposiciones topográficas para pasar en Villers-Cotterets la misma vida que en Haramont.

En efecto, dando una vuelta alrededor, descubrió que los mejores charcos para pájaros eran los del camino de Dampleux, del camino de Compiègne y del de Vivieres, y que el terreno de mas caza era el de la Bruyere-aux-Loups.

Después de hacer este reconocimiento. Pitou, por consiguiente, habia tomado ya todas sus disposiciones.

La cosa mas fácil de haber á las manos y para la que no necesitaba hacer gasto de ninguna especie, era la liga; con la corteza de acebo, machacada con una piedra y bien lavada hacia una liga muy buena; Pitou, pues, se confecionó sin decírselo á nadie, una gran porcion de liga de primera calidad; y una hermosa mañana despues de haber tomado el día anterior en la panadería un pan de cuatro libras á cuenta de su tía, salió á la hora del alba, estuvo todo el día sin aparecer por casa, y volvió á ella ya cerrada la noche.

No habia tomado Pitou semejante resolucion sin calcular bien sus resultados. Habia previsto que indudablemente habria una tempestad. Sin tener tanta sabiduría como Sócrates, conocia el carácter de su tía Angélica tan á fondo como el ilustre maestro de Alcibiades conocia el de su muger Xantippe.

Pitou no se habia equivocado en su prevision; pero creia hacer frente á la tormenta presentando á la vieja beata el producto de su expedicion. Lo único que no pudo adivinar fué el sitio donde descargaría sobre él la tormenta.

Cayóle al tiempo de entrar por la puerta de su casa.

La tía Angélica estaba oculta detrás de la puerta, aguardando á que entrase su sobrino; de manera que en el mismo momento en que este puso el pie en la habitacion, recibió un fuerte cogotazo que sin necesidad de otro aviso, conoció perfectamente que era debido á la mano seca y huesosa de la vieja beata.

Afortunadamente Pitou tenia la cabeza bastante dura, y aunque apenas habia sentido el golpe, para mover á compasion á su tía cuya cólera se habia aumentado por el daño que se hizo en la mano al darle tal porrazo, fingió ir á caer á la pared de enfrente atolondrado por el golpe; pero como vió venir hácia él á su tía, con él báculo enarbolado, se apresuró á sacar de su bolsillo el talisman con que habia esperado alcanzar el perdón de su fuga; dos docenas de pájaros.

La señorita Angélica abrió desmesuradamente sus ojos con asombro, y siguió riñéndole en gritos, pero al mismo tiempo echó mano á la caza de su sobrino y dando tres pasos hácia él candel :

— ¿Qué es esto? preguntó.

— Ya lo veis, tía Angélica, dijo Pitou, son pájaros.

— ¿Se comen? preguntó vivamente la vieja, que en su cualidad de beata era naturalmente comilona.

— ¡Vaya si se comen! repitió Pitou, y muy ricos que son.

— ¿Donde has robado estos pájaros, picaruelo?

— No los he robado, los he cazado.

- ¿Cómo?  
 — ¡Toma, en los charquillos!  
 — ¿Y qué es eso de charquillos?

Pitou dirigió á su tia una mirada de asombro : no podia comprender que existiese en el mundo persona cuya educacion estuviese tan desatendida que no supiese lo que eran los charquillos.

- ¿Los charquillos? dijo, ¡toma! son los charquillos.  
 — Sí, pero no sé, picaron, que son los charquillos.

Como Pitou estaba lleno de misericordia hácia los ignorantes :

— Los charquillos, dijo, son unos charcos pequeños; lo menos treinta hay en el bosque : se ponen espartos alrededor, y cuando los pájaros bajan á beber, como no conocen la maca, se quedan pegados.

- ¿En qué?  
 — En la liga.

— ¡Ya... ya! dijo la tia Angélica, ya comprendo; pero ¿quién te ha dado el dinero?

— ¿El dinero? dijo Pitou, asombrado de que se pudiese creer que habia poseído alguna vez una blanca : ¿el dinero, tia Angélica?

- Sí.  
 — Nadie.  
 — Pero ¿cómo has comprado la liga entónces?  
 — La liga... la he hecho yo mismo.  
 — ¿Y los espartos?  
 — Tambien.  
 — ¿Con que esos pájaros?  
 — ¿Qué, tia?...  
 — ¿No han costado nada?  
 — El trabajo de bajarme y cogerlos.  
 — ¿Y se puede ir á menudo á los charquillos?  
 — Todos los dias.  
 — Bueno.  
 — Solo es menester...  
 — ¿Qué es menester?...  
 — No ir todos los dias.

- ¿Y por qué?  
 — ¡Toma! porque quedan exhaustos...  
 — ¿Qué es lo que se queda exhausto?  
 — Los charquillos. Ya comprendereis, tia Angélica, que estos pájaros que hoy he cogido...

- ¿Qué?  
 — Que ya no están alli.  
 — Tienes razon, dijo la tia.

Por primera vez desde que estaba en su compañía, daba la tia Angélica la razon á su sobrino; y asi fué que esta inusitada aprobacion llenó de gozo á Pitou.

— Pero los dias en que no se va á los charquillos, dijo, se va á otra parte; los dias en que no se cogen pájaros, se coge otra cosa.

- ¿Y qué se coge?  
 — Toma... se cogen conejos.  
 — ¡Conejos!

— Sí. Se come la carne y se vende la piel. Vale dos sueldos cada piel.

La tia Angélica miró á su sobrino con ojos maravillados : hasta entónces no habia conocido que el muchacho era tan económico. Pitou acababa de revelar su carácter.

— ¿Pero yo soy quien ha de vender las pieles de los conejos?

— Es claro, respondió Pitou; como hacia mi madre Magdalena.

Jamás se le habia ocurrido al pobre muchacho que del producto de su caza, tuviese derecho á reclamar mas que su parte de consumo.

— ¿Y cuándo irás á coger conejos? preguntó la tia Angélica.

- ¡Ah! si yo tuviera alambre...  
 — Pues, hazlo.

Pitou movió á un lado y á otro la cabeza.

- Del mismo modo que haces la liga.  
 — ¡Ah!... Es verdad que hago liga; pero no sé hacer alambre de laton; el alambre se compra hecho en la tienda.

— ¿Y cuesta eso mucho?

— ¿Cómo?

— ¡Toma, en los charquillos!

— ¿Y qué es eso de charquillos?

Pitou dirigió á su tia una mirada de asombro : no podia comprender que existiese en el mundo persona cuya educacion estuviese tan desatendida que no supiese lo que eran los charquillos.

— ¿Los charquillos? dijo, ¡toma! son los charquillos.

— Sí, pero no sé, picaron, que son los charquillos.

Como Pitou estaba lleno de misericordia hácia los ignorantes :

— Los charquillos, dijo, son unos charcos pequeños; lo menos treinta hay en el bosque : se ponen espartos alrededor, y cuando los pájaros bajan á beber, como no conocen la maca, se quedan pegados.

— ¿En qué?

— En la liga.

— ¡Ya... ya! dijo la tia Angélica, ya comprendo; pero ¿quién te ha dado el dinero?

— ¿El dinero? dijo Pitou, asombrado de que se pudiese creer que habia poseido alguna vez una blanca : ¿el dinero, tia Angélica?

— Sí.

— Nadie.

— Pero ¿cómo has comprado la liga entónces?

— La liga... la he hecho yo mismo.

— ¿Y los espartos?

— También.

— ¿Con que esos pájaros?

— ¿Qué, tia?...

— ¿No han costado nada?

— El trabajo de bajarme y cogerlos.

— ¿Y se puede ir á menudo á los charquillos?

— Todos los dias.

— Bueno.

— Solo es menester...

— ¿Qué es menester?...

— No ir todos los dias.

— ¿Y por qué?

— ¡Toma! porque quedan exhaustos...

— ¿Qué es lo que se queda exhausto?

— Los charquillos. Ya comprendereis, tia Angélica, que estos pájaros que hoy he cogido...

— ¿Qué?

— Que ya no están allí.

— Tienes razon, dijo la tia.

Por primera vez desde que estaba en su compañía, daba la tia Angélica la razon á su sobrino; y asi fué que esta inusitada aprobacion llenó de gozo á Pitou.

— Pero los dias en que no se va á los charquillos, dijo, se va á otra parte; los dias en que no se cogen pájaros, se coge otra cosa.

— ¿Y qué se coge?

— Toma... se cogen conejos.

— ¡Conejos!

— Sí. Se come la carne y se vende la piel. Vale dos sueldos cada piel.

La tia Angélica miró á su sobrino con ojos maravillados : hasta entónces no habia conocido que el muchacho era tan económico. Pitou acababa de revelar su carácter.

— ¿Pero yo soy quien ha de vender las pieles de los conejos?

— Es claro, respondió Pitou; como hacia mi madre Magdalena.

Jamás se le habia ocurrido al pobre muchacho que del producto de su caza, tuviese derecho á reclamar mas que su parte de consumo.

— ¿Y cuándo irás á coger conejos? preguntó la tia Angélica.

— ¡Ah! si yo tuviera alambre...

— Pues, hazlo.

Pitou movió á un lado y á otro la cabeza.

— Del mismo modo que haces la liga.

— ¡Ah!... Es verdad que hago liga; pero no sé hacer alambre de laton; el alambre se compra hecho en la tienda.

— ¿Y cuesta eso mucho?

— ¡Oh! con cuatro sueldos, dijo Pitou calculando por los dedos, podría hacer mas de dos docenas.

— Y con dos docenas, ¿cuántos conejos puedes coger?

— Eso, segun; cuatro, cinco, y quizas seis, y ademas los alambres sirven para muchas veces.

— Toma, ahí tienes cuatro sueldos, dijo la tia Angélica: anda á comprar alambre á la tienda de Mr. Dambrun y mañana irás á caza de conejos.

— Mañana iré á disponer lo necesario; pero hasta pasado mañana no podré cogerlos.

— Bueno, bueno; anda, á comprar el alambre.

El alambre de laton era mas barato en la ciudad que en Haramont, porque los comerciantes de Haramont iban á proveerse á Villers-Cotterets. Por tres sueldos Pitou compró el alambre que necesitaba. El otro sueldo se lo devolvió á su tia.

Este razgo inesperado de la probidad de su sobrino, casi conmovió á la solterona. Tuvo en aquel instante la idea, la intencion, de regalar á su sobrino aquel sueldo que se habia quedado sin gastar. Pero desgraciadamente para Pitou era un sueldo que estaba estendido á martillazos, y que, al anocheecer, podía pasar muy bien por una pieza de dos sueldos. La tia Angélica pensó que no era prudente deshacerse de una moneda que podía darle de ganancia el ciento por ciento, y se guardó el sueldo en el bolsillo.

Pitou habia notado el movimiento; pero no le habia comprendido; jamás se le habia ocurrido pensar que su tia pudiese darle un sueldo.

Se puso, pues, á arreglar sus alambres.

Al dia siguiente, pidió un saco á la tia Angélica.

— ¿Para qué le quieres? preguntó la vieja.

— Porque le necesito, contestó Pitou.

Pitou estaba lleno de misterio.

La tia Angélica le dió el saco que le pedia, y en él metió Pitou algunas provisiones que debian servirle para almorzar y comer, y salió de madrugada á la Bruyere-aux-Loups.

Por su parte, la tia Angélica empezó á desplumar doce

pajarillos, que le sirvieron para su almuerzo y comida. Regaló dos al cura Fortier y fué á vender los demas, que se los pagaron á tres sueldos cada uno, prometiéndole tomar al mismo precio todos los que llevase en adelante.

La tia Angélica volvió radiante de alegría. La bendiccion del cielo se le habia entrado por las puertas con su sobrino Pitou.

— ¡Ah! prorumpió al comer sus pajarillos, que estaban bastante gorditos; bien dicen que un beneficio jamás es perdido.

Por la noche volvió á casa Pitou; traía á la espalda el saco magníficamente lleno; esta vez la tia Angélica no le aguardó detrás de la puerta, sino en el umbral; y en lugar de ser recibido con un pescozon, el muchacho fué saludado con un gesto que casi se parecia á una sonrisa.

— ¡Ya estoy aquí! dijo Pitou al entrar en su casa, con un tono que demostraba á las claras que habia sabido cumplir bien con su obligacion.

— Tú y tu saco, dijo la tia Angélica.

— Yo y mi saco, replicó Pitou.

— ¿Y qué traes en tu saco? preguntó la tia Angélica, alargando la mano con curiosidad.

— Traigo hoyes, dijo Pitou (1).

Ya comprendereis, tia Angélica, que si el padre *Juventud*, el guarda de la Bruyere-aux-Loups, me hubiese visto andar por su terreno sin mi saco, me hubiera dicho sin duda: ¿Qué vienes á hacer aqui, vago? Sin contar que él dudaria de cualquier cosa que le dijese. Mientras que viéndome con mi saco, me pregunta qué voy á hacer allí: Toma, le contesto yo, vengo á... — No. — Sí, digo yo; esto no está prohibido, y no podeis hablarme una palabra. Y en efecto, si me dijese algo ya veria el padre *Juventud*.

— ¿Con qué has pasado todo el dia recogiendo hoyes, en lugar de coger conejos? ¡Perezoso! gritó la tia Angé-

(1) La *hoye*, para aquellos de nuestros lectores que sean menos entendidos que nosotros en el catálogo selvático, es el fruto del haya. Este fruto, del que se saca buen aceite, es para los pobres una especie de maná que durante dos meses del año les cae del cielo.

lica que al oír hablar á su sobrino, creía ver escapársele los conejos.

— Al contrario; coloqué las trampas y me puse á recoger hoyes, de modo que me ha visto ocupado en mi tarea.

— ¿Y no te ha dicho nada?

— Sí me ha dicho: Da espresiones á tu tia, Pitou. ¡Ah! es todo un buen hombre el padre *Juventud*.

— Pero... ¿Y los conejos? preguntó la tia Angélica que no olvidaba un solo momento su idea principal.

— ¿Los conejos? A media noche sale la luna: yo iré á ver á la una de la mañana cuantos han caído.

— ¿Adónde?

— Al bosque,

— ¿A la una de la mañana vas á ir al bosque?

— Sí señora.

— ¿Y no te dará miedo?...

— ¿Miedo, de qué?

Tanto se maravilló la tia Angélica del valor de Pitou como habia admirado el talento de sus especulaciones.

Lo cierto es que, para Pitou, sencillo como hijo de la naturaleza, no habia ninguno de esos ficticios peligros que tanto asustan á los muchachos de las ciudades.

A media noche salió al campo costeano las paredes del cementerio, sin volver hácia atrás la cabeza. El inocente muchacho que hasta entónces no habia ofendido ni á Dios ni á los hombres, al menos en sus ideas de independencia, no tenia miedo de los muertos, como tampoco de los vivos.

Pitou solo tenia miedo á una persona, y esta era el tío *Juventud*; así fué que tomó la precaucion de pasar primero por junto á la casa del guarda. Como estaban cerradas todas las puertas y ventanas, para asegurarse Pitou de que el guarda estaba en su casa, y no rondando por el bosque, se puso á imitar el aullido del perro con tanta perfeccion que Ronflot, el podenco del tío *Juventud*, se engañó con la provocacion, y empezó á dar tambien grandes aullidos, viniendo á olfatear por debajo de la puerta.

En este instante, Pitou se tranquilizó. Puesto que Ronflot estaba en casa, el tío *Juventud* estaba tambien. Ronflot y el tío *Juventud* eran inseparables, y desde el momento que se veía á uno de ellos, se podia estar seguro de que no tardaria en aparecer el otro.

Pitou, completamente tranquilo, se encaminó, pues, hacia la Bruyere-aux-Loups. Las trampas habian sabido hacer su oficio: dos conejos estaban cogidos en ellas y estrangulados.

Pitou se los guardó en los anchos bolsillos de su blusa, que ahora le venia demasiado larga, y dentro de un año le estaria ya demasiado corta, y se volvió inmediatamente á casa de su tia.

La vieja estaba acostada, pero la avaricia la tenia despierta; como la lechera, habia sacado la cuenta de lo que ganaria con cuatro pieles de conejos todas las semanas, y esta cuenta la habia ido llevando tan lejos, semana por semana, que no habia podido cerrar el ojo: así fué que sintió un temblor nervioso cuando preguntó al muchacho cuantos traia.

— Un par. ¡Ah! tia Angélica, no es culpa mia, si no han caído mas; porque parece que son algo ladinos los conejos del tío *Juventud*.

La tia Angélica veía ya cumplidas, y aun mas que cumplidas sus esperanzas. Cogió entre sus manos, temblando de alegría los dos desgraciados animalitos; examinó cuidadosamente sus pieles que venian intactas y fué á encerrarlos en la dispensa, que jamás habia guardado provisiones semejantes á las que guardaba desde que á Pitou se le ocurrió proveerla.

En seguida, con acento bastante cariñoso, invitó á su sobrino á que se acostase, lo que ejecutó al instante Pitou porque venia cansado, sin pedir de cenar, cosa que acabó de conquistarle el cariño de su tia.

Al otro dia renovó Pitou sus tentativas, y esta vez fué mas afortunado que la primera; cogió tres conejos.

Dos fueron á parar á la hosteria llamada de la *Bola de oro* y el otro á casa del presbítero Fortier. La tia Angélica

cuidaba mucho al cura, quien por su parte la recomendaba á las almas piadosas de la parroquia.

Siguieron así las cosas durante tres ó cuatro meses. La tía Angélica estaba encantada de gozo y á su sobrino Pitou le parecia bastante soportable la vida que pasaba.

Menos el amor de su madre que velaba sobre su existencia, Pitou, en la vida que pasaba ahora en Villers-Cotterets, gozaba de la misma felicidad que antes en Haramont. Pero una circunstancia imprevista y que debia haberse naturalmente previsto, vino á hacer añicos el cántaro de leche de la tía y á interrumpir las expediciones de su sobrino. Recibióse una carta del doctor Gilberto, fechada en New-York. Al poner el pie en la tierra de América, el filósofo viagero no se habia olvidado de su protegido. Escribió á Mr. Niquet para saber si habian sido cumplidas sus instrucciones y para reclamar la ejecucion del contrato si no lo habian sido, ó su rompimiento si no se quería cumplirlas.

El caso era bastante grave. Estaba interesado en ello la responsabilidad del escribano; se presentó, pues, este en casa de la tía de Pitou, con la carta en la mano, y la exigió terminantemente que cumpliese su promesa.

No habia ya disculpa de ningun género; el pretesto de la mala salud de su sobrino estaba desmentido por su fisonomía. Pitou era alto y delgado, pero las ramas del bosque eran tambien altas y delgadas, y eso no quitaba que tuviesen buena salud.

La tía Angélica pidió el plazo de ocho dias para pensar el oficio que queria que aprendiese su sobrino.

Pitou se quedó tambien tan triste como su tía. El oficio que estaba ejerciendo le parecia escelente, y no deseaba aprender ningun otro.

Durante estos ocho dias no se volvió á pensar en los chaquillos ni en la casa, porque ademas era ya invierno, y en invierno los pájaros beben en cualquier parte, y como acababa de caer una nevada, no se atrevia Pitou á colocar las trampas sobre la nieve, porque en la nieve se quedan estampadas las pisadas, y Pitou poseia unos pies tales, que el tío *Juventud* no necesitaba mas señas para adivinar

quien era el diestro ladron que habia despoblado su bosque.

Durante estos ocho dias, la vieja heata volvió á poner en juego sus garras. Pitou habia vuelto á hallar á su tía Angélica, que le metía tanto miedo, y que por el interés, móvil poderoso de toda su vida, le habia mimado durante un poco tiempo.

A medida que se acercaba el plazo, el humor de la vieja era cada vez peor, hasta tal punto, que el quinto dia Pitou ya deseaba que su tía se decidiese por un oficio cualquiera, fuese el que fuese, con tal que no fuese el de llevar porrazos, que era el oficio que desempeñaba al lado de la vieja.

De repente halló esta una idea sublime en aquella cabeza tan cruelmente agitada; idea que le restituyó la calma que habia perdido hacia ya seis dias.

Esta idea era suplicar al cura Fortier que admitiese en su clase sin retribucion alguna al pobre Pitou, y que le hiciese obtener la beca fundada en el seminario por S. A. el duque de Orleans. Este era un aprendizaje que no costaba nada á la tía Angélica, y Mr. Fortier, sin contar los tordos, los mirlos y los conejos que le estaba regalando hacia seis meses la buena devota, tenia mas obligaciones que con ningun otro, con el sobrino de la alquiladora de las sillas de su iglesia. De otro modo, Angel, encerrado en la escuela hasta el toque de campana, daba ganancia para lo presente, y prometia mas para lo venidero.

En efecto, Angel fué admitido en la escuela por el cura Fortier sin retribucion alguna. No habia en el mundo hombre mas desinteresado que este buen cura, que daba su ciencia á los pobres de espiritu y su dinero á los pobres de cuerpo; pero era intratable únicamente en tocándole á un resorte: los solecismos le sacaban de juicio, y los barbarismos le volvian furioso. En estos casos no habia para él ni amigo ni enemigo, ni pobre ni rico, ni discípulo esterno ni interno, pagador ó gratuito; pegaba con una imparcialidad digna de la ley agraria, y con un estoicismo semejante al de los lacedemonios, y como tenia mucha

fuerza en el brazo, pegaba muy fuerte. Esto lo sabian ya los padres de los muchachos, que tenian libertad para mandar ó no á sus hijos á la escuela del cura Fortier, pero si se los mandaban, tenian que abandonarlos enteramente á merced suya; porque á todas las reclamaciones maternales, el bueno del cura contestaba con este refran que habia hecho grabar sobre la correa de su palmeta y sobre el mango de sus disciplinas:

—*Quien bien te quiera te hará llorar.*

Angel Pitou, por recomendacion de su tia, fué, pues, admitido entre los discipulos del cura Fortier. La vieja beata, llena de orgullo por esta recepcion, menos agradable para Pitou, porque interrumpia su vida nómada é independiente, se presentó en casa de Mr. Niquet, y le dijo que no solo acababa de conformarse con las intenciones del doctor, sino que habia hecho mas todavía. En efecto, el doctor habia elegido para Angel Pitou una profesion honrosa, y ella le proporcionaba mas que esta, pues le daba una educacion distinguida. ¿Y dónde le daba esta educacion distinguida? Nada menos que donde recibia la suya Sebastian Gilberto pagando cincuenta libras.

En verdad, Angel Pitou recibia su educacion gratis, aunque no habia necesidad de decirselo asi al doctor Gilberto, y en este mero hecho, se conocia la imparcialidad y desinterés del cura Fortier. Como su sublime maestro abria los brazos diciendo: «Dejad que vengan á mí los pequeñuelos.» Con la única diferencia de que las dos manos en que terminaban sus dos brazos paternales, estaban armados, el uno de una gramática latina y el otro de unas disciplinas; de modo que la mayor parte de las veces, al contrario de lo que hacia Jesucristo que recibia á los niños llorando y los enviaba consolados, el cura Fortier recibia á los pobres muchachos consolados y los enviaba llorando.

El nuevo estudiante hizo su entrada en la clase con un baulillo debajo del brazo, un tintero de cuerno en la mano, y dos ó tres plumas gastadas colocadas detrás de la oreja. El baulillo estaba destinado á hacer las veces de papiere; el

tintero era regalo del comerciante, y las plumas habian sido recogidas del suelo por la tia Angélica en casa del escribano yendo á hacerle una visita.

Angel Pitou fué recibido en la escuela con esa dulce fraternidad que nace entre muchachos y se perpetua entre los hombres, es decir, con gritos y apóstrofes desentendidos. Toda la clase se propasó á burlarse de su persona. Dos estudiantes fueron metidos en el calabozo por culpa de sus enormes rodillas. Los dos últimos convinieron en que las piernas de Pitou parecian dos maromas de pozo con un nudo cada una. Esta comparacion hizo suerte, se repitió de banco en banco dando la vuelta, escitó la risa general, y por consiguiente, la susceptibilidad del cura Fortier.

Al salir Pitou al medio dia, es decir, despues de cuatro horas de clase, que pasó sin dirigir una sola palabra á nadie ni hacer otra cosa que bostezar detrás de su baulillo, conoció en resumidas cuentas, que tenia seis enemigos en la clase, y enemigos tanto mas acérrimos, cuanto que él no tenia antipatia alguna hácia ellos; pero no obstante, juraron solemnemente los unos arrancarle sus cabellos rojos, los otros tapiarle sus ojos azulados, y los otros dos enderezarle sus piernas y achicarle sus rodillas.

Pitou ignoraba de todo punto estas disposiciones hostiles. Al ir á salir preguntó á uno de los que estaban á su lado por qué se quedaba allí solo, marchándose los otros seis de sus camaradas.

El estudiante miró á Pitou de reojo, le llamó chismoso y hablador, y se fué sin querer trabar conversacion con él.

Pitou se preguntó á sí mismo cómo sin haber pronunciado una sola palabra en todo el tiempo que duró la clase podia ser chismoso y hablador. Pero durante la leccion, habia oido ya á sus condiscipulos y al cura Fortier tantas cosas que no habia comprendido, que tuvo la acusacion de su condiscipulo por una de aquellas cosas demasiado difíciles de comprender para su talento.

Cuando volvió Pitou á su casa al medio dia, la tia Angélica, anhelando saber en qué consistia la educacion que



le costaba tan grandes sacrificios, le preguntó que era lo que habia aprendido.

Pitou respondió que habia aprendido á callarse. La respuesta era digna de un pitagórico, solo que un pitagórico la habria dado por señas.

Pitou volvió á la escuela por la tarde sin mucha repugnancia. La mañana habia sido empleada por los estudiantes en examinar su físico; la tarde fué empleada por el profesor en examinar su moral. Hecho el exámen quedó convencido el cura Fortier que Pitou tenia disposiciones para ser un *Robinson*, pero no para llegar á ser un Fontenelle ó un Bossuet.

Durante la leccion, mas terrible para el futuro seminarista que la de la mañana, los estudiantes que sufrieron castigo por su causa, le estuvieron enseñando los puños repetidas veces. En todos los paises civilizados ó salvajes, esta seña mimica tiene el significado de una amenaza. Pitou se preparó por lo que pudiese suceder.

No se habia engañado nuestro héroe; al salir á la calle, ó mas bien apenas salió del colegio, oyó Pitou decir á los seis estudiantes que estuvieron presos en el calabozo por espacio de dos horas, que tenia que pagarles los daños y perjuicios de las dos horas de retencion.

Pitou comprendió que se trataba de un duelo de pugilato. Aunque estaba muy lejos de haber estudiado el libro sexto de la *Encida*, donde el jóven Darío y el anciano Entelo se entretienen en este ejercicio con gran aplauso de los troyanos fugitivos, conocia perfectamente este género de discusion, que no era del todo extraño á los aldeanos de su tierra. Declaró, pues, que estaba pronto á entrar en lucha contra aquel de sus adversarios que quisiera ser el primero, y á habérselas sucesivamente con todos sus enemigos.

Se arreglaron las condiciones como lo habia dispuesto Pitou. Se formó un corro en derredor del campo de batalla, y los dos campeones despues de haber arrojado al suelo, el uno su vestido y el otro su blusa, avanzaron uno contra otro.

Ya hemos dicho algo acerca de las manos de Pitou. Si no eran bellas á la vista, eran menos bellas al tacto. Pitou al estremo de cada uno de sus brazos, empezó á voltear perfectamente un puño grueso como la cabeza de un niño, y aunque el arte de *boxear* no se habia introducido aun en Francia, y por lo tanto Pitou no podia haber aprendido ninguno de sus principios elementales, asestó á su primer adversario un puñetazo descomunal, tan exactamente ajustado al ojo, que al instante quedó este rodeado de un círculo amarotado tan bien dibujado y tan geométrico, que ni el mas hábil matemático le hubiera delineado tan bien con su compás.

Se presentó el segundo. Si llevaba la ventaja de no haber tenido ya otro combate anterior como Pitou, en cambio este adversario era visiblemente mas endeble que su primer antagonista. El combate, pues, duró menos tiempo. El formidable puño de Pitou cayó sobre su rostro en el mismo instante, y las dos narices empezaron á arrojar dos caños de sangre á manera de fuentes.

El tercero se marchó con un diente menos, y los demas se dieron ya por satisfechos.

Pitou atravesó por entre la multitud, que le abrió paso con todo el respeto debido al vencedor, y se retiró sano y salvo á sus hogares, ó por mejor decir, á los de su tia.

A dia siguiente, cuando vió Fortier á sus tres discípulos, al uno con un ojo vendado, al otro con su nariz en compota, y al otro con sus labios hinchados, empezó á hacer las oportunas investigaciones. Pero los estudiantes tienen tambien su lado bueno. Ninguno de los estropeados dijo esta boca es mia, y solo por una via indirecta, es decir, por un testigo de la riña, enteramente extraño al colegio, llegó á saber al otro dia el cura Fortier que habia sido Pitou el que causó tal destrozo en los rostros de sus condiscípulos.

En efecto, el cura Fortier era responsable á sus padres, no solo de las almas, sino tambien de los cuerpos de sus discípulos. Así es que recibió al mismo tiempo las triples quejas de tres familias. Era preciso hacer un castigo ejem-

plar. Pitou estuvo tres días encerrado en el calabozo; un día por el ojo, otro por la nariz y otro por el diente.

Este encierro de tres días, sugirió á la tía Angélica una idea ingeniosa; suprimir á Pitou la comida de medio día cada vez que el cura le dejase encerrado. Necesariamente debía ser esta resolución en pro de la educación de su sobrino, puesto que tendría que mirar á dos cosas: al encierro y á la comida, antes de cometer faltas que le costarian dos castigos diversos.

Lo que no comprendió nunca Pitou, fué porque le habian llamado hablador, sin haber hablado una sola palabra, y porque habia sido castigado por haber pegado á los que le querian pegar antes á él; pero si todo se comprendiese en el mundo, seria perder uno de los principales goces de la vida; el que proporciona á los hombres lo misterioso y lo imprevisto.

Pasó, pues, Pitou, sus tres días en el calabozo, y durante estos tres días se contentó con el almuerzo y la cena.

Solo este castigo, sufrido valerosamente por Pitou, sin denunciar, ni pensar en ello siquiera, que habia sido acometido y que él no habia hecho mas que defenderse, le conquistó la estimación general de sus condiscipulos. Verdad es que los tres magníficos puñetazos que le habian visto sacudir, influyeron algo tambien en captarle su estimación.

Desde este día Pitou pasaba en la escuela del mismo modo que los demas estudiantes, con la diferencia de que los demas estudiantes adelantaban en las composiciones, y Pitou se quedaba atrancado en las cinco ó seis últimas y casi siempre contaba doble número de encierros que el de todos sus compañeros juntos.

Menester es decir en obsequio de la verdad, una cosa que estaba en la naturaleza de Pitou, como nacida de la primera educación que habia recibido, ó mejor dicho, que no habia recibido, y que motivaba una tercera parte de sus encierros, con su inclinación natural hácia los animales.

El famoso baulillo que la tía Angélica habia condecorado con el nombre de pupitre, habia llegado á ser, gracias á su capacidad, y á los muchos repartimientos con que por

dentro le habia adornado Pitou una especie de arca de Noé, que contenia un par de todos los animales reptiles, trepadores y volantes. Allí habia lagartos, culebras, hormigones, escarabajos y gusanos, los cuales eran tanto mas queridos de Pitou cuanto que por su causa sufría diariamente castigos mas ó menos severos.

En sus paseos semanales era cuando recogia estos bichos en el campo. Habia deseado mucho coger salamandras, las cuales abundan en Villers-Cotterets, y son las armas de Francisco I, que las hizo esculpir en todas las chimeneas de las casas; ya habia llegado á coger algunas, pero una cosa le habia preocupado muchísimo, hasta que tuvo que incluirla en el número de aquellas que superaban á su inteligencia; y fué que siempre habia hallado á estos reptiles en el agua, siendo así que los poetas pretenden que viven en el fuego. Estas circunstancias habian inspirado á Pitou, que era todo lo que se llama un espíritu exacto, profundo desprecio hácia los poetas.

Pitou, propietario ya de dos salamandras, se habia dedicado á buscar el camaleon; pero todas sus escursiones fueron enteramente inútiles y ningun resultado coronó sus esfuerzos.

Pitou sacó de estas infructuosas tentativas, la consecuencia de que el camaleon no existia, ó que si existia seria en otros climas diferentes.

Después de hacerse esta reflexión, Pitou dejó ya de buscar camaleones.

Las otras dos terceras partes de los encierros de Pitou eran motivados por esos malditos solecismos y condenados barbarismos, que caian en las composiciones y temas de Pitou, como las langostas en los campos de trigo.

Los jueves y los domingos, días de asueto, habian seguido siendo dedicados á la caza, pero como Pitou iba creciendo cada vez mas, y ya tenia cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, y diez y seis años de edad, sobrevino una circunstancia que separó á Pitou de sus ocupaciones favoritas.

En el camino de la Bruyere-aux-Loups, está situada la aldea de Pisseleu, la misma que dió el nombre á la bella Ana de Hoilly, querida de Francisco I.

En esta aldea estaba la alquería del tío Billot, y á la puerta de la alquería, casi siempre que pasaba y volvía á pasar Pitou, se hallaba, por casualidad una linda jóven de diez y siete á diez y ocho años, fresca, juguetona y jovial, que se llamaba de nombre Catalina, pero mas comunmente del nombre de su padre la Billota.

Pitou empezó por saludar á la Billota, y luego poco á poco se fué aventurando hasta saludarla sonriéndose, y despues, por último, un dia despues de haberla saludado y de haberse sonreido, se detuvo y se aventuró ruborizándose, á pronunciar estas palabras que él creia en estremo atrevidas.

— Buenos dias, señorita Catalina.

Catalina era una buena muchacha, y saludó á Pitou como á un antiguo conocido. En efecto, era un antiguo conocido, porque hacia ya dos ó tres años que ella le veía pasar y volver á pasar por enfrente de su puerta lo menos una vez por semana. Solo que Catalina veía á Pitou, y Pitou no veía á Catalina. Y es que entónces, cuando pasaba Pitou, Catalina tenia ya diez y seis años, y Pitou no tenia mas que catorce.

Ya hemos visto lo que le sucedia tambien á Pitou cuando tenia los diez y seis años.

Llegó Catalina poco á poco á saber apreciar el talento de Pitou, porque Pitou la daba muestras de su talento ofreciéndola sus mas bellos y sus mejores conejos. Resultó de aqui que Catalina empezó á hacer cumplimientos á Pitou, y como Pitou era tanto mas sensible á los cumplimientos cuanto que rara vez los recibia, se dejó prender de los encantos de la novedad, y en vez de seguir, como antes, hasta la Bruyere-aux-Loups, se detenia en mitad del camino, y en lugar de pasar el dia recogiendo hoyes y colocando trampas para los conejos, perdía miserablemente su tiempo rondando la alquería del tío Billot, con la esperanza de ver, aunque no fuera mas que un instante, á Catalina.

De aqui resultó que se disminuyó insensiblemente el producto de las pieles de los conejos, y que hubo una completa escasez en Villers-Cotterets de tordos y pitirrojós.

Se quejó de esto á Pitou la tia Angélica. Pitou la contestó que los conejos se habian hecho recelosos, y los pájaros, conociendo que se les iba á echar mano, no querian ya bajar á los charquillos, y bebían ahora en los huecos de las hojas y de los troncos de los árboles.

Una cosa consolaba á la tia Angélica de que tuviesen ya inteligencia los conejos y sutileza los pájaros (lo cual atribuía ella á los progresos de la filosofía), y era que su sobrino obtendria la beca, entraria en el seminario, pasaria alli tres años, y saldria del seminario hecho ya cura. Ser ama de un cura era la eterna ambicion de la señorita Angélica.

No podia menos de realizarse esta ambicion, porque Angel Pitou, luego que fuese cura, tendria á la fuerza que tomar de ama á su tia; sobre todo despues de tanto como su tia habia hecho por él.

Lo único que turbaba los sueños de oro de la pobre doncella era que el cura Fortier, cuando le hablaba de estas esperanzas, contestaba meneando á un lado y á otro la cabeza:

— Para llegar á ser cura, decia el cura Fortier á la señorita Angélica, es necesario que vuestro sobrino se dedique menos á la historia natural y mucho mas á *De viris illustribus* y á *Selectæ e profanis scriptoribus*.

— ¿Qué quiere decir eso? preguntaba la tia Angélica.

— Quiere decir, respondia el cura Fortier, que dice muchísimos barbarismos, é infinitamente muchos mas solecismos.

Respuesta que dejaba á la tia Angélica sumida en la mayor angustia.